

**Reflexiones desde el populismo.  
El nacionalismo popular en Brasil y Argentina, 1954-1966**

**Oscar Aelo**

Universidad Nacional de La Plata

*Introducción*

Los estudios sociológicos sobre el populismo latinoamericano iniciados entre finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta fueron fundacionales en más de un sentido. A través de autores como Gino Germani, Torcuato Di Tella o Francisco Weffort la naciente sociología latinoamericana descubría un tema “caliente” que le permitía posicionarse, y eventualmente hegemonizar el campo de las ciencias sociales en la región (Blanco, Jackson 2015). Además de—asunto no menor—prácticamente reinventar la palabra y la cosa a la cual la palabra denominaba, esa sociología académica balizaba un camino para analizar e interpretar el populismo que, aún sin ser hoy la avenida principal, se sigue transitando fructíferamente. Pero si algo caracteriza aquellos análisis académicos es que se realizan siempre desde *fuera*: son análisis, estudios y reflexiones *sobre* el populismo y casi siempre guiados por una perspectiva profundamente crítica. Contemporáneamente a esa sociología emergente, otros intelectuales con motivaciones más específicamente políticas—aunque no menos académicos que los anteriores—esbozaron a su manera una serie de criterios y perspectivas para comprender los populismos y las sociedades en las que ellos habían

surgido. Fueron análisis y reflexiones elaboradas *desde* el populismo, más allá que al igual que los movimientos/regímenes así denominados nunca asumieron tal nombre para la perspectiva que defendían: se identificaron principalmente como una variante del pensamiento nacionalista tal como era comprendido en Brasil y Argentina a finales de los años cincuenta.

En este sentido, el trabajo que realizamos aquí consiste en un análisis comparado de las principales tesis políticas del “nacional-desarrollismo” brasilero tal como expuestas por algunos de los autores vinculados al Instituto Superior de Estudios Brasileños (ISEB), con las expresadas por un grupo de intelectuales argentinos, defensores de una corriente de ideas a veces denominada “nacional-populismo”. Con este objetivo, se examinarán los aspectos políticos del pensamiento de los dos grupos, atendiéndose preferencialmente a sus concepciones de la nación y el nacionalismo, del Estado y la democracia, y de los sujetos sociales o políticos que, según ellos, estarían encargados de protagonizar las transformaciones postuladas. Así, nuestro trabajo no pretende ser una comparación sistemática del pensamiento de los dos conjuntos, sino un recorte hecho sobre unas producciones intelectuales que abordaron una amplia variedad de tópicos. Del mismo modo, en lo que concierne a los autores ligados al ISEB, se atendió especialmente a las ideas de Álvaro Vieira Pinto, Alberto Guerreiro Ramos y Hélio Jaguaribe, y en el caso argentino a las de Juan José Hernández Arregui, Arturo Jauretche y Jorge Abelardo Ramos. El período en examen se extiende entre la segunda mitad de la década de 1950 y la primera mitad de los años sesenta. No obstante estas corrientes de pensamiento fueron llamadas de forma diferente, aquí serán puestas bajo una etiqueta común, a la que denominamos “nacionalismo popular”, para diferenciar a estos autores de otros tipos de nacionalismo, frecuentemente más elitista.

Estas corrientes de pensamiento parecen haber sufrido un destino similar en su tratamiento académico. El lugar de un análisis históricamente fundado fue ocupado por la crítica mordaz de sus postulados o por un significativo silencio, sólo quebrado por frases incidentales peyorativas o desdenosas (Toledo 1978; Terán 1991). Otra línea de tratamiento es aquella que se dedicó a “rescatar” o exaltar aquellas ideas (Roux 1990; o Galasso 1986). Sólo recientemente parecen estar emergiendo, en ambos países, tentativas de indagación más equilibradas, aunque volcadas al examen pormenorizado de cada autor (Bariani 2006; Lovato 2007; Mainardes 2015; Romero 2014; Bonet, 2004).

*Los intelectuales y su lugar*

Existe consenso entre los investigadores de ambos países que la llamada “crisis de los años treinta” generó cambios significativos, tanto en el plano económico-social, cuanto al nivel político institucional. No relataremos aquí esa historia, aunque volveremos a ella en un párrafo posterior. Sólo indicamos ahora que esos procesos fueron el paño de fondo sobre el cual se tejieron los acontecimientos políticos de significación decisiva en la configuración de los grupos intelectuales en análisis. Dos hechos en particular, por su carácter dramático, parecen haber tenido el rol de acelerar los tiempos de la lucha política: nos referimos al suicidio de Getulio Vargas, en agosto de 1954, y a la caída de Juan Perón, en setiembre de 1955. Observémoslos sucesivamente. El final trágico de Vargas no implicó el final del varguismo; por lo menos, sus herederos políticos, notoriamente João Goulart, y aún sus seguidores inconstantes, como Juscelino Kubitschek (electo presidente por uno de los partidos fundados por Vargas) fueron protagonistas principales en la década 1954-1964. La democracia política se mantuvo en una lucha casi constante con amenazas golpistas, aspecto que no es posible dejar en segundo plano. Sin embargo, en el nivel de las políticas económicas, la herencia de Vargas (el nacionalismo económico, simbolizado en la creación de Petrobrás) sufrió, no propiamente un cambio, sino una inflexión, o tal vez dos. La primera, una inflexión desarrollista: los “cincuenta años en cinco” de la propaganda del gobierno Kubitschek, donde las apelaciones al desarrollo económico se basaron en la necesidad de aumentar las inversiones de capital, no importando, o importando menos, de donde proviniesen. La segunda, una inflexión radical: la de las “reformas de base”, anunciadas por Goulart, con el objetivo de avanzar en una distribución más justa de la riqueza, en la reforma agraria y en la nacionalización creciente de los medios de producción.

Fue en el marco de los últimos tiempos de Vargas que un grupo de intelectuales, liderados por Hélio Jaguaribe, propuso la creación de un centro de investigación y enseñanza volcado al análisis de los problemas nacionales. Intentaron, y consiguieron, el apoyo del Estado con esa finalidad. Nació de este modo el ISEB que, agrupando a un conjunto heterogéneo de intelectuales, se proponía formular una ideología o un pensamiento político para el país, que “a falta de mejor nombre, se bautizó de ‘ideología del desarrollo’” (Sodré 1978, 14).<sup>1</sup> El Instituto sufrió una aguda crisis a finales de 1958, por motivos tanto ideológicos cuanto personales, y luego de una

---

<sup>1</sup> Todas las citas textuales de originales brasileiros han sido traducidas por mí.

breve fase de transición, quedó bajo el comando de A. Vieira Pinto, radicalizando el discurso al mismo tiempo que se acercaba al gobierno Goulart. Cuando éste fue derribado, el ISEB fue cerrado, y sus instalaciones desmanteladas.

El General Perón fue destituido por un movimiento cívico militar denominado Revolución Libertadora. Luego de un breve intervalo, el carácter revanchista de este régimen pareció no tener límites: centenas de dirigentes o simples militantes peronistas presos, “comisiones investigadoras” de los—supuestamente—enormes actos de corrupción, prohibición de nombrar en público a Perón (calificado de “tirano sangriento”), el robo, en fin, del cadáver de Evita Perón. A todo eso, súmese la intervención de los sindicatos, la interdicción de la CGT y la CGE, y la supresión de algunas agencias del Estado que se pensaban símbolos del gobierno peronista. Sin embargo, las tentativas de la “Libertadora” por abandonar el nacionalismo económico anterior, muy limitadas por cierto, ocasionaron su rápida erosión, obligándola a convocar elecciones generales a comienzos de 1958, en las cuales el peronismo no pudo participar. El presidente electo fue Arturo Frondizi, antiguo dirigente de la UCR, partido que se dividió en dos ramas poco antes de la elección, siendo el presidente electo líder de la sección menor. Su éxito se debió a una astuta maniobra: como él necesitaba de los votos peronistas firmó un pacto con Perón con ese propósito, en el cual se comprometió a levantar la prohibición de la CGT, y mantener ciertas líneas de la política económica del peronismo. Este pacto aseguró su victoria, pero le quitó legitimidad a los ojos de los militares, los que hicieron un sin fin de “planteos” durante su gobierno, hasta conseguir derribarlo en 1962.

En este contexto de revancha y exclusión política del peronismo fue donde aparecieron las principales obras de los autores nacional-populares. En importantes libros publicados entre 1956 y 1963, intelectuales que estuvieron vinculados al peronismo<sup>2</sup>, emprendieron, más que una defensa del gobierno depuesto, un ataque general contra sus enemigos: una verdadera “crítica de la crítica”. Ellos no formaron ningún grupo de estudios, ni un frente común; se mantuvieron en la posición de francotiradores. Además, las características de la política argentina durante los años sesenta y el permanente apartamiento del peronismo de la posibilidad de acceder al

---

<sup>2</sup> A. Jauretche fue presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires entre 1946 y 1950; J. Hernández Arregui fue profesor en la Universidad de La Plata durante la década peronista. J. A. Ramos colaboró asiduamente en el diario *Democracia*, favorable al gobierno de Perón.

juego democrático, posibilitó que las ideas de estos autores mantuvieran influencia a lo largo de la década, hasta el retorno del peronismo al poder en 1973.

¿Cual fue el “lugar” ocupado por estos intelectuales en los dos países? En principio, podría pensarse que es muy diferente la posición de un estamento intelectual que forma y dirige una agencia paraestatal de la de aquellos que se desenvuelven aisladamente en el seno de la sociedad civil. Sin embargo, existen circunstancias que los asemejan. Como ha notado W. Vianna, los intelectuales de Rio de Janeiro—a diferencia de los de São Paulo—aparecen como una *intelligentsia* de tipo mannheimiana, la cual “sin mediación de la academia, se propone intervenir directamente como estrato social en la vida pública” (Vianna 1997, 195). No, entonces, como poseedora de un saber especializado, sino como portadora de una nueva síntesis general de las contradicciones sociales. No otra fue la posición del estrato de intelectuales argentinos que analizamos. Aunque ellos criticaron ásperamente a los intelectuales, y no quisieron asumir ese nombre, su intervención en el espacio público fue hecha con los instrumentos típicos del debate intelectual: el libro, la conferencia, el artículo periodístico (Sigal 1991). Partiendo de la creencia que todos ellos sustentaron, a saber, que el papel de los intelectuales era expresar la voluntad popular (o, en las vertientes más moderadas, el interés general de la sociedad), fue una consecuencia lógica que ellos no pensarán en limitar tal expresión al reducido ámbito de la Universidad, sino en participar activamente en el debate político trabado en la esfera pública.

Ahora bien, esa intervención en el debate político-intelectual muestra, retrospectivamente, una curiosa paradoja. En primer lugar, caben pocas dudas que la inserción de estos intelectuales fue relativamente un éxito. Aunque criticados por sus adversarios, esa misma crítica era indicativa de que ellos fueron reconocidos como integrantes de pleno derecho de ese ámbito de la vida social. Más aún: el rechazo vehemente y el carácter “peligroso” que, según algunos de sus más enconados rivales, sus ideas mostrarían, es una señal—en negativo, por decir así—de ese mismo éxito. Pero, en segundo lugar, esas marcas fueron la indicación de su relativo fracaso. Especialmente para aquellos que tenían como pretensión más amplia establecer un diálogo con el “pueblo”, su recepción por las elites intelectuales (a favor o en contra, no importa) parece mostrar que ese objetivo no fue alcanzado. No es ocioso preguntarse si podría serlo.

Es preciso hacer aquí un breve paréntesis. El propósito más general de los autores brasileiros era elaborar una “ideología del desarrollo”: un conjunto de proposiciones articuladas, a partir de las cuales podrían elaborarse programas

específicos para áreas determinadas; un objetivo, podría decirse, “positivo”. En el caso de los argentinos, él era en principio “negativo”: someter a una crítica racional las ideas dominantes en el país. En los dos casos, por tanto, ello implicaba la confrontación con una amplia variedad de ramas del conocimiento. Sin embargo, las contribuciones principales del ISEB, por lo menos en su período inicial, parecen centrarse en la ciencia política y en la sociología, con un esfuerzo de sistematización filosófica. En el caso argentino, sus principales actividades estuvieron concentradas en la historia y en lo que podría llamarse una sociología de las ideas. En todos los casos, entonces, eso implicaba la necesaria posesión de cierto rigor intelectual el que, traducido a una obra escrita, trae como consecuencia la indispensable utilización de una terminología técnica o por lo menos de uso no generalizado. En resumen: el libro producido, independientemente de las intenciones de los autores, sólo sería accesible a un público “lector” o habituado al acto de leer. En estos países, a finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta, ese público (no necesaria o exclusivamente universitario) era, no obstante, muy reducido. De este modo, el éxito y fracaso simultáneos pueden explicarse tanto por las características de los asuntos tratados como por las particularidades de los probables receptores.

Hasta aquí estuvimos observando el contexto político en el que les tocó actuar a estos intelectuales y el espacio que en ese marco ocuparon. Ya es tiempo de analizar sus ideas.

### *Nación y nacionalismo*

La literatura actual sobre el tema de la nación ha resaltado el carácter relativamente reciente de esta forma de comunidad humana. Los autores más influyentes al respecto, comparten una visión que relaciona el surgimiento de la nación con aspectos emergentes de la “doble revolución”: el paso de la sociedad tradicional a la moderna (o, dependiendo del vocabulario, del pre-capitalismo al capitalismo) con ciertos principios políticos filiados con las revoluciones francesa y norteamericana, especialmente la llamada “soberanía del pueblo” (Hobsbawm 1991). En general, se sugiere que no existen criterios apropiados para “definir” a la nación y, además, que ella no es comprensible sin vincularla al Estado. De esta forma, Estados y nacionalismos no serían corolarios necesarios de una nación cuyos orígenes se pierden en la noche de los tiempos. Por el contrario, como afirmó Gellner crudamente, “las naciones no crean estados y nacionalismos; estados y nacionalismos crean naciones” (Gellner 1990, 13). En un movimiento coincidente, los estudios del proceso de formación de la nación en

el ámbito latinoamericano han destacado el movimiento que iría del Estado a la nación: en la medida que los Estados se consolidaban, actuaron correlativamente como “constructores” de la nación (naciones, en realidad). A pesar que es difícil afirmar cuando un proceso de esas características estaría terminado, es impresión general que, a grandes rasgos, lo habría sido entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX (Aninno 1994).

Los discursos nacionalistas-populares partían, en este tema, de un punto de vista diferente y ciertamente particular. Al revés de los nacionalismos “étnicos”, ellos remarcaban el carácter joven de la nación, con lo cual se aproximaban de las actuales comprobaciones. Pero, distintamente a éstas, ellos acreditaban en la existencia de “fuerzas”, de naturaleza diversa, que habrían impedido la plena consolidación de la nación, todavía en su época. En este marco, ¿que se entendía por nación? Observemos primero a los autores brasileros.

Cuando, en 1822, el Brasil se tornó políticamente independiente, muy lejos estaba de ser una nación desde el punto de vista histórico-sociológico. Le faltaban, para eso, condiciones objetivas como, entre otras, un sistema nacional de transportes y comunicaciones y un mercado interno. (Guerreiro Ramos 1960, 90)

De este modo, la nación es y no es, fue y no fue al mismo tiempo. La comunidad que se independizó fue “el Brasil”, pero él no era una nación. ¿Por qué? Porque carecía de su elemento definidor por excelencia: el mercado interno capitalista. Este sería un producto de la evolución histórica, en cierta fase del desarrollo de la comunidad. Vieira Pinto (1960, 14), por su parte, pensaba el tema desde perspectivas similares: “[...] la nación no es idea abstracta, sino hecho concreto, simultáneamente físico y político, por la existencia del territorio, de los recursos materiales, de las transformaciones objetivas que constituyen el fundamento de sus estructuras sociales”. Caben pocas dudas que en estas concepciones resuenan los ecos de la explicación “objetiva” de la nación, tal como fue expuesta y difundida por el marxismo-leninismo.<sup>3</sup> No otra fue la concepción defendida por los autores argentinos: tanto Ramos cuanto Hernández Arregui cuando intentan definir la nación remiten directamente a Stalin.<sup>4</sup> También en este caso existen ambigüedades manifiestas. Como ellos tenían un pensamiento volcado al análisis histórico, veían o creían que las luchas “nacionales”

---

<sup>3</sup> Fue Stalin quien codificó el saber marxista sobre el tema: “la nación es una comunidad estable, históricamente formada, de lengua, de territorio, de vida económica, de psicología, traducida en la comunidad de cultura”.

<sup>4</sup> No encontré en las obras de Jauretche que es lo que él entendía por nación.

habían comenzado en el siglo XIX (Ramos, 1974). Por lo tanto, si existieron luchas nacionales, fue porque la nación intentaba existir: también aquí parece hacerse presente una llamativa versión de uno de los principios de la lógica dialéctica, tal como la expuesta por Engels: que una cosa puede ser y no ser al mismo tiempo.

Más allá de estas imprecisiones conceptuales, ambos grupos concordaban en pensar que la nación no era propiamente tal porque sufría de un “status colonial”: esto es, que no era sujeto de su destino histórico. Existían, según ellos, fuerzas interesadas en impedir el pleno y autónomo desarrollo de la nación. ¿Cuáles serían esas fuerzas? Aunque a primera vista podría pensarse que ellos referirían al “imperialismo” como adversario principal o exclusivo, el análisis básico de los autores está centrado en la evaluación de las contradicciones internas. Es decir, por razones vinculadas al desarrollo socioeconómico, había en la época grupos o clases sociales favorables y contrarias al desarrollo nacional. En este sentido, tal vez la expresión más comprensiva, para Brasil, fue realizada por Jaguaribe:

[...] los conflictos sociales existentes en nuestro país, en la fase en que se encuentra, expresan, en su esencia, menos irreductibles luchas de clase, que conflictos que se traban, en el ámbito de cada clase, entre sus sectores dinámicos y estáticos, entre las fuerzas productivas y las parasitarias. (Jaguaribe 1958, 50)

La contradicción principal sería así la que se expresa entre el conjunto de clases vinculadas a una fase previa de desarrollo—el llamado desarrollo hacia afuera, propio del régimen agro-exportador—, incluyendo ahí los sectores burgueses terrateniente y comercial, las clases medias dependientes y aún sectores del proletariado, contra otro conjunto que aúna otros sectores de esas clases, dirigidos hacia la industrialización del país.

Ciertamente, las elaboraciones de los argentinos parecen correr por caminos similares. El imperialismo, entre ellos, aparece como el trasfondo del análisis. Pero el blanco principal de sus escritos es mostrar la ligación que existiría entre la clase dominante agraria con las clases medias formadas en el período de auge de aquella forma de desarrollo basada en la exportación de productos primarios. En palabras de Hernández Arregui,

¿Cuáles son las fuerzas antinacionales en la Argentina? 1° La oligarquía terrateniente que gravita sobre el poder por vías indirectas, como sobrevivencia de la Argentina agropecuaria [...] 2° Amplios sectores de la clase media en sus estratos superiores—profesionales, intelectuales, funcionarios de empresas extranjeras—sumados en formas diversas al imperialismo [...] 3° Los restos de los partidos tradicionales, parte de la masa estudiantil, etc. (Hernández Arregui 1973, 444)

Estas contradicciones entre clases o sectores de clases decorría de un hecho de la realidad, de un desarrollo industrial objetivo e independiente de la voluntad y, aparentemente, irreversible. Junto a él y como un correlato necesario, se asistía también a la emergencia de un nuevo tipo de conciencia: “conciencia crítica” en Brasil, “conciencia nacional” en Argentina (tal como fueron llamadas por los autores que estamos viendo) opuesta y competidora de un tipo antiguo, en proceso de superación (“conciencia ingenua” y “conciencia colonial”, respectivamente). La apreciación siguiente de Vieira Pinto habría sido aceptada por sus pares argentinos:

El antagonismo de las conciencias es aquí representado por la diferencia entre etapas históricas del proceso de la realidad nacional. Es el desencuentro entre el viejo Brasil, colonial, alienado, sumiso a la presión extranjera, y el nuevo Brasil, deseoso de libertar su estructura económica y de alcanzar la plena soberanía como nación. (Vieira Pinto 1960, 78)

Pero si así fuera, ¿cuál era la necesidad de dedicar tiempo y esfuerzo a la tarea de elaborar y sistematizar una ideología nacionalista? Las respuestas a la cuestión son diferentes, encontrando raíces, creo, en la diversidad de los contextos políticos.

En la opinión de Guerreiro Ramos, el Brasil estaba realizando su revolución nacional, pero

[l]a nación brasilera se está organizando espontánea, objetivamente, sin un liderazgo lúcidamente ejercido por sus cuadros dominantes. Es obvio que la comprensión de esta debilidad debe sugerir un esfuerzo organizador, práctico, no sólo en lo referente a las ideas como a los hechos. (Guerreiro Ramos 1960, 245)

La necesidad de sistematizar un cuerpo de ideas derivaba de las urgencias por alcanzar el desarrollo. De acuerdo a sus postulados que el crecimiento industrial se había producido espontáneamente, no parece que ellos hubieran pensado seriamente en la posibilidad que el curso de la historia girase “para atrás”, ni siquiera en la expresión más categórica de la necesidad imprescindible de una tal ideología, como fue formulada por V. Pinto (1960, 29): “sin ideología del desarrollo no hay desarrollo nacional”.<sup>5</sup> El carácter contradictorio de la realidad, tal como percibida por ellos, parecía que se resolvería—acaso con un exceso de optimismo—inexorablemente *prá frente*. Al menos, es lo que puede deducirse de afirmaciones de este tenor: “Por eso, ningún pueblo que haya llegado a forjar su ideología nacional auténtica estaciona o retrocede en su desarrollo” (Vieira Pinto 1960, 93).

---

<sup>5</sup> Esta locución parafrasea el famoso enunciado de Lenin: “sin ideología revolucionaria no hay revolución”.

Otro era el punto de partida de los argentinos. La defensa del régimen peronista que ellos hicieron se basaba en la consideración que con él la Argentina se había elevado a la categoría de nación, “justa, libre y soberana”. Pero la llegada a ese estadio de desenvolvimiento histórico no era irreversible: “El caso argentino es único en la historia del siglo XX. Un país que había alcanzado la categoría de Nación, a través de este retorno de la oligarquía y del imperialismo angloyanqui, ha retrogradado al coloniaje en medio de la resistencia de un pueblo” (Hernández Arregui 1973, 44).

Desde esta perspectiva, entonces, la urgencia no estaba en elaborar una ideología “positiva”, sino en la denuncia de la “real” situación en la que el país se encontraba. El carácter colonial era el hecho básico del cual partían. Pero ese “hecho” pasaba desapercibido por buena parte de la población. ¿Por qué? En una elaboración compleja, en la que los tres autores acuerdan, se proponía la existencia de una verdadera “colonización pedagógica”, que desde la escuela al libro, desde los medios de comunicación a las academias, reproducían los postulados esenciales de la ideología oligárquica.<sup>6</sup> Y como esa ideología era la expresión de los intereses económicos de la clase terrateniente, la colonización cultural tenía como objetivo el enmascaramiento del carácter subordinado del país, porque de ese modo la oligarquía aseguraba su dominación. Por eso, según Hernández Arregui (2010, 25), “la crítica a la cultura de la oligarquía no es ociosa. Es una de las armas que deterioran su preponderancia política”.

Sea detenidos en la crítica de la cultura dominante, sea avanzando en la formulación de una propuesta global, los discursos nacionalistas objetivaban asentar los postulados ideológicos imprescindibles para liberar la nación de su status colonial. El recorrido de este pensamiento se enfrenta entonces a un problema, tal vez el principal: ¿cómo realizar esa tarea? El análisis del interrogante nos conduce directamente a la cuestión del poder político y al sujeto, o sujetos, encargados de la misión.

### *Estado, democracia y pueblo*

Partiendo del cuestionamiento a la por entonces envejecida noción liberal de Estado “mínimo” (el “vigilante nocturno”) entendida como simple traducción del pensamiento prevaleciente en las clases agrarias exportadoras, los autores nacionalistas

---

<sup>6</sup> Por lo que sé, la expresión “colonización pedagógica”, popularizada por Jauretche, fue utilizada primero por Ramos (1961, 12): “[en las colonias] sólo predomina el interés económico fundado en la garantía de las armas. Pero en las semi-colonias, que gozan de un ‘status’ político independiente decorado por la ficción jurídica, la ‘colonización pedagógica’ se revela esencial, pues no dispone de otra fuerza para asegurar la perpetuación del dominio imperialista”.

defendieron un rol privilegiado para el Estado como coordinador y a veces planificador de las actividades económicas, desde el momento que la nación necesitaba garantizar su libre desenvolvimiento frente a las amenazas tanto de las oligarquías como del imperialismo. Como afirmó Jauretche (1982, 45): “si el Estado no planifica en beneficio de la comunidad, los monopolios lo harán en su propio beneficio”; y en el mismo sentido Jaguaribe (1958, 33): “Las nuevas fuerzas ligadas al desarrollo [...] aspiran a un dirigismo racional, que favorezca la industrialización”. La defensa de la posibilidad, o necesidad, que el Estado participara activamente en la vida social, especialmente en la economía, delineando objetivos por conseguir y los medios para lograrlos, parece basarse tanto en la observación de experiencias externas—lo que en la época aparecía como un modelo exitoso de planificación central, el socialismo soviético, y las versiones keynesianas preferidas por la social democracia europea—como en la práctica misma de los gobiernos que tenían, o habían tenido, delante de sus ojos (el “Plan de Metas”, del gobierno Kubitschek, y los “Planes Quinquenales” de los gobiernos de Perón) Es preciso agregar que en la época, y dejando fuera a los liberales extremos, toda la ciencia social parecía coincidir en esa misma perspectiva, sea por considerarla deseable, sea simplemente al observar lo que los Estados hacían realmente. En este plano, es evidente que nuestros autores no estaban, ciertamente, fuera de contexto. Es posible que este mismo fuera el motivo por el cual ninguno de ellos intentó profundizar sobre el concepto de Estado, o teorizar sobre él.<sup>7</sup> No pueden, sin embargo, ser culpados por eso. Tal vez un tanto contradictoriamente con el rol central que el Estado ocupaba, la teoría política era firmemente “social centrada” y el Estado aparecía como un correlato de las fuerzas sociales, cuando no como una mera cobertura del poder de clase (Skocpol, 1986).

Si el Estado estaba encargado de la planificación, aún cuando fuera simplemente para evitar que otras fuerzas lo hicieran por él, se abría la puerta al problema de decidir que y como planificar. En otros términos, cual sería la relación entre el Estado y la sociedad; la cuestión, en fin, del régimen político. Una formulación explícita del asunto se debe a Vieira Pinto (1960, 24):

Surge, entonces, un problema de evidente gravedad, que aparece como irrecusable antinomia: de un lado, pertenece al poder público la facultad de planear el desarrollo, pues, como es claro, ninguna otra entidad está mejor armada para eso [...]; pero, de otro lado, todo plan, para ser ejecutado, incluye la operación de agentes voluntarios, cuenta con su acción, y toma como

---

<sup>7</sup> Jaguaribe habló, y criticó, lo que él denominó “Estado Cartorial”; no obstante, los breves párrafos que dedicó al asunto no podrían considerarse una teoría.

supuesto su consentimiento, que, por lo mismo que es libre, no puede, en rigor, ser previsto como dado [...] Tal antinomia define el proceso de desarrollo en una democracia política.

En este autor las claves de la respuesta están en el mismo modo de formular el interrogante: para él, sólo puede pensarse en una planificación consentida y la prueba de ese consentimiento debe ser la libre expresión democrática del pueblo. A pesar de las repetidas críticas al carácter “autoritario” del pensamiento de Vieira Pinto, en mi opinión este autor fue el único que defendió en forma explícita y consistente la democracia política.<sup>8</sup> Y, a diferencia de los argentinos que ahora veremos, él postuló de formas diversas aunque coincidentes que esa democracia estaba basada en un “medio específico”: el resultado electoral sancionado en las urnas.<sup>9</sup>

El carácter de autoritarios, si referido a los intelectuales argentinos, tiene mayor visibilidad. Ciertamente, ellos no fueron ardientes defensores de la democracia liberal. Es difícil percibir cual régimen sería su preferido. Basándonos en las caracterizaciones que hicieron del peronismo es posible suponer que sus preferencias fuesen desde una especie de “neobonapartismo” (Ramos), hasta un autoritarismo sustentado en la movilización popular, como en esta definición de H. Arregui (1973, 397): “[...] comenzó el gobierno de Perón bajo una forma de democracia autoritaria de masas. Este carácter del nuevo régimen era forzoso. En un país dependiente, un gobierno revolucionario es la libertad autoritaria del pueblo contra la opresión que las minorías llaman ‘libertad’”.

En este respecto, con todo, cabría señalar un atenuante. Toda la oposición política al peronismo y, de hecho, aquella que lo derribó, se consideraba la más plena expresión de la democracia. Actualmente, podría parecer curioso que una conjunción cívico-militar “golpista” se autodenominara democrática; en la época, esto no fue visto como contradicción. Siendo así, es bastante explicable que los intelectuales nacionalistas vieran en la democracia una farsa, una mera cobertura ideológica de las oligarquías resurrectas. A *contrario sensu*, por lo tanto, ellos tendieron a resaltar una democracia

---

<sup>8</sup> Jaguaribe y G. Ramos también hablan de democracia, y posiblemente G. Ramos también defendiera el mecanismo electoral, pero no son enfáticos en ese respecto. Según Caio Navarro, Jaguaribe preferiría una suerte de “neo-bismarckismo”; en las obras trabajadas, no hallé elementos que me permitan confirmar o negar la afirmación.

<sup>9</sup> “Democracia” es un término de difícil definición. En este trabajo, estamos usando una aproximación frecuentemente denominada “minimalista”, actualmente dominante en la ciencia política, y catalogando a los autores de democráticos o no según defiendan o no la institución electoral. Sobre el tema, ver O’Donnell 2000.

orgánica, de algún modo basada en esa tradición que remonta a Rousseau, y que caracteriza a la democracia por su componente de “voluntad general”.<sup>10</sup>

Defendiendo o no los mecanismos electorales, las tareas de promoción del desarrollo que ellos atribuían al Estado sólo serían posibles en la medida que el Estado expresara a las fuerzas sociales interesadas en la liberación de la nación. Formulado de otra manera, este es el problema del sujeto social o político portador del proyecto transformador. En este respecto, la respuesta no es dudosa: para ellos, ese sujeto es “el pueblo”.<sup>11</sup> Pero, ¿que es el pueblo? En un intento de clarificación, Guerreiro Ramos (1960, 228) escribió: “En la fase capitalista del desarrollo económico-social los pueblos sólo se forman al constituir un mercado interno, su substrato material. En esa fase, el pueblo, desde el punto de vista objetivo, es un conjunto de personas integradas en un mercado propio”.

Como puede apreciarse, el autor prácticamente identifica pueblo y nación al definir ambos conceptos desde una misma variable objetiva. Sería inútil, creo, pretender encontrar una definición sustantiva de “pueblo” en los escritos de estos autores (y no sólo de ellos). Con todo, las referencias más o menos explícitas permiten inferir que se estaba hablando de una conjunción de clases (o de sectores de clases) formada por la clase obrera, segmentos de la clase media y una fracción de la burguesía (la industrial, volcada al mercado interno).

Más allá de la ausencia de una definición sistemática vale la pena detenerse en las formas en que ellos pensaron el problema de la conducción de esa conjunción de clases: la cuestión que, en la terminología gramsciana que ellos no utilizaron, puede ser designada como “hegemonía”. En el caso de los brasileros, la respuesta de Jaguaribe (1979, 101) es clara y terminante: “[...] ejercicio, por el empresariado industrial (burguesía nacional) de manifiesto e indisputable liderazgo del bloque progresista” (vale acotar que el “pueblo”, en el pensamiento de este autor, prácticamente no juega ningún papel). En un escalón siguiente, tendríamos a Guerreiro Ramos quien, a pesar de afirmar que “el pueblo es el dirigente político del proceso histórico-social”, no le otorgaba el mismo rol en la lucha política. Aquí, el pueblo no es el dirigente directo, sino que actúa por intermedio de su vanguardia: “la vanguardia del pueblo es su conciencia militante” y está formada “mayoritaria, aunque no exclusivamente, de

---

<sup>10</sup> En el equilibrado trabajo de Pécaut (1990), el autor entiende que los intelectuales isebianos tenían esa visión de la democracia. Igualmente, su análisis es enteramente pertinente si aplicado a los argentinos.

<sup>11</sup> Expresiones como “masas”, “masas populares”, “masas trabajadoras”, son, en este pensamiento, sinónimas.

trabajadores. Está constituida, además, de elementos oriundos de otras clases y categorías” (Guerreiro Ramos 1960, 245-246). Es importante destacar que el autor negaba abiertamente que la burguesía pudiera actuar como dirigente del proceso de desarrollo. Finalmente, Vieira Pinto no confiaba en la burguesía ni mucho menos en las vanguardias esclarecidas; pero, con eso, en este nivel su pensamiento pierde precisión. Al parecer, en la medida que él pensaba que “el proceso de desarrollo es función de la conciencia de las masas”, y que esa conciencia se expresaba (políticamente) en el acto electoral, los dirigentes políticos del proceso serían aquellos electos por las masas.

Con leves variantes, los esquemas previos pueden ser vistos entre los argentinos. Todos ellos pensaban que para lograr la independencia nacional era preciso formar un frente de clases, que en su terminología se llama “movimiento nacional”. Pero en lo que hace referencia a la conducción de ese movimiento existen diferencias. Así, Jauretche expresó una versión similar a la de Jaguaribe. Para él, “el movimiento nacional debe tener una forma piramidal”, cuya ancha base es formada por los trabajadores. Pero la acción de estos “es más eficiente asediando al Estado que conduciéndolo”: esta última tarea debe quedar en manos de los cuadros técnicos y profesionales provenientes de las clases medias y empresarias (Jauretche 1962, 18. El autor no utiliza el término burguesía, pero su análisis lo presupone). Para J. A. Ramos (1973, 14) “en las condiciones actuales de la lucha anti-imperialista, el proletariado es la única clase capaz de actuar como caudillo de toda la nación”; en su pensamiento, dejar en las manos de la burguesía nacional el proceso de liberación nacional sólo conduciría a su fracaso, tal como lo mostraba la derrota del peronismo. Por eso, él proponía la formación de un partido “socialista nacional” que, como representante del proletariado en la arena política, pudiera hegemonizar el movimiento nacional. Finalmente, Hernández Arregui parte de una opinión similar: sin dudas es el proletariado quien tiene a su cargo la tarea de conducir el frente nacional. Pero para eso no era necesario ningún partido nuevo, ni inventos raros: las masas ya habían decidido quien iba a dirigir la lucha por la liberación, ya habían dado repetidas muestras de quien era su dirigente. Para él, todo el asunto se resumía en un nombre: Perón.

### *Consideraciones finales*

Hemos mostrado, hasta aquí, las semejanzas entre dos corrientes ideológicas. Creemos haber señalado, también, que similitud no es sinónimo de igualdad. Del mismo modo, las tonalidades parecidas en el pensamiento de ambos grupos no parecen basarse en fluidos intercambios recíprocos. Hasta ahora, sólo se ha mostrado un vínculo,

relativamente breve, entre J. A. Ramos y H. Jaguaribe (Ribadero 2014-2015) (autores que, además, están un tanto lejanos en sus formulaciones programáticas). Hemos considerado al contenido de las ideas expresadas por estos brasileños y argentinos como expresiones *desde* el populismo. Y para cerrar este artículo, nos parece apropiado cotejar sus elaboraciones con aquellas provenientes de la emergente ciencia social: las reflexiones *sobre* el populismo.

Una de las principales, y que será aquí considerada en su carácter ejemplar, es debida a Gino Germani (1962). Partiendo de la por entonces dominante teoría de la modernización, él concebía que los países latinoamericanos de mayor desarrollo relativo estaban transitando, desde la crisis de 1930, una “transición” desde la sociedad tradicional—agraria—a la sociedad moderna, industrial. Económicamente, la fase era caracterizada por los atributos de urbanización e industrialización aceleradas; socialmente, por las profundas migraciones internas, rural-urbanas, en la cual las poblaciones rurales accedían a nuevas—para ellos—formas de trabajo urbano. Políticamente, en fin, todos esos procesos habrían provocado la emergencia de un nuevo proletariado industrial formado por esos recientes migrantes rurales, el cual, dada su falta de socialización urbana y su carencia de experiencia sindical y política, aparecía como una “masa disponible” perfectamente maleable por estratos de la elite con intenciones demagógicas. Todo ello explicaba la aparición de los movimientos populistas, los cuales eran vistos como “desvíos” de un patrón normal de progresión política de la clase obrera, es decir, la formación de partidos de clase. No es preciso exponer aquí otras explicaciones contemporáneas, en la medida que en ellas es perceptible la integración de elementos explicativos similares, y aún el mismo sesgo crítico en relación al proletariado (véase, por ejemplo, Ianni 1975).

Los autores nacionalistas eran tan conscientes de que sus países estaban atravesando un período de transición cuanto los académicos. Todos ellos observaron aquella pauta de urbanización e industrialización que se desarrollaba—como dijera Guerreiro Ramos—“objetivamente”. Pero la cuestión relevante es que en ese ingreso acaso tardío de estos países a la “sociedad de masas”, esos autores invirtieron casi enteramente el juicio de valor precedente: en el lugar de la heteronomía, de la manipulación, de la falta de conciencia, ellos resaltaron lo que en el proceso había de creatividad, de autonomía, de liberación.

Así, cuando Vieira Pinto (1960, 135) dice que “A medida que un mayor número de individuos ingresa en las formas más adelantadas de producción y aumenta su contacto con la objetividad, el pensamiento crítico pasa a preponderar”, es evidente que

él está pensando en una de las posibilidades del proceso que se desarrollaba ante sus ojos: que el trabajador que abandonaba las pautas rutinarias de las actividades agrícolas e ingresaba en el mundo de la producción fabril, ingresaba también en el ámbito de la “solidaridad orgánica”, de la cultura obrera, de la, en fin, conciencia de clase.<sup>12</sup>

Del mismo modo, H. Arregui (1973, 385), al referirse a las multitudes obreras movilizadas el 17 de octubre de 1945, dejó de lado la “manipulación” y la “demagogia”, y las observó, propiamente, como sujeto histórico:

Aquellos desheredados de la tierra estaban ahí, con la vieja Argentina, llenando la historia de un día famoso [...] Por primera vez, ese pueblo inaudible amasado en la tierra y el sufrimiento sin protestas, tomaba en sus manos callosas la historia y la convertía en la presencia cierta de una revolución que hacía temblar a su paso las avenidas de la ciudad.

Durante un período relativamente largo, que podríamos fechar entre mediados de los años setenta y el final del siglo XX, las ideas de los autores nacional-populares entraron en un cono de sombras. Su capacidad de influencia se detuvo. Sus obras dejaron de publicarse. Se pensaba que su “época de oro” había pasado y ya nada tenían que decir de los nuevos tiempos. Inclusive, la crítica a sus postulados fue tan incisiva que se llegó a considerar que en rigor nunca tuvieron nada que decir: “Paradójicamente, esta ideología (nacionalista) parecía ganar tanta influencia cuanto menos decía de la realidad concreta del presente y cuanto más insistía en la proposición de mitos para el futuro que, en verdad, no significaban más que una defensa desesperada del pasado” (Weffort 1995, 401).

La diatriba de Weffort se convirtió en la hipótesis dominante. Y, sin embargo, el cambio de siglo trajo aparejado un curioso fenómeno. Al contrario de tanto pronóstico liberal de los años ‘90, el desvencijado populismo volvía de sus cenizas. La ciencia social latinoamericana tomó nota del fenómeno: una variada e ingente literatura se hizo presente y no por casualidad tiene al filósofo argentino E. Laclau en el centro de la corriente principal de estudios sobre estas nuevas articulaciones políticas que sin medias tintas han vuelto a denominarse populistas. Acaso era esperable, acaso no. Pero lo que resulta indudable es que las ideas de los intelectuales nacional-populares han vuelto a la luz. Y es que quienes hoy hablan *desde* el populismo, en Brasil o en Argentina, encuentran en aquellas ideas afinidades indudables. Y podría pensarse, tal vez, que en

---

<sup>12</sup> Refiriéndose a esa concepción de V. Pinto, una autora dice que eso también expresa el “conservadurismo” del autor, porque “todo lo que embrutece al hombre es presentado como aquello que lo humaniza” (Carvalho Franco 1978, 169). Desde el momento que se piensa que “trabajo” es igual a “explotación”, la crítica es legítima. Pero creo que peca de anacronismo.

cuanto exista un orden internacional que mantiene la misma y acrecentada pauta de desigualdad entre naciones ricas y pobres; que en cuanto se observe que la injusticia social no sólo no disminuye sino que aumenta geoméricamente, el pensamiento crítico en su variante nacional-popular se reencontrará con las distintas voces que reclaman por justicia y dignidad para los “condenados de la tierra”. En esta siempre esperanzada América Latina.

### Bibliografía

- Aninno, Antonio et al. 1994. *De los Imperios a las Naciones: Iberoamérica*. Zaragoza: IberCaja.
- Bariani, Edison. 2006. “Guerreiro Ramos: uma sociologia em mangas de camisa”. CAOS (11): 84-92.
- Blanco, Alejandro; Jackson, Luiz Carlos. 2015. *Sociología en el espejo. Ensayistas, científicos sociales y críticos literarios en Brasil y en la Argentina (1930-1970)*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Bonet, María Teresita. 2004. *El peronismo en el discurso académico 1955-1966*. Universidad Complutense de Madrid, Tesis de Doctorado en Sociología.
- Carvalho Franco, Maria Sylvia. 1978. “O tempo das ilusões”. En Marilena Chauí y Maria S. Carvalho Franco. *Ideologia e mobilização popular*. Rio de Janeiro: Paz e Terra. 158-185.
- Galasso, Norberto. 1986. *J. J. Hernández Arregui: del peronismo al socialismo*. Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional.
- Gellner, Ernest. 1990. *Naciones y nacionalismo*. Buenos Aires: Alianza.
- Germani, Gino. 1962. “Clases populares y democracia representativa en América Latina”. *Desarrollo Económico* (2): 23-43.
- Guerreiro Ramos. 1960. *O problema nacional do Brasil*. Rio de Janeiro: Saga.
- Hernández Arregui, Juan José. 1973 [1960]. *La formación de la conciencia nacional*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- \_\_\_\_\_. 2010 [1963]. *¿Que es el ser nacional?* Buenos Aires: Ediciones Continente.
- Hobsbawm, Eric. 1991. *Naciones y nacionalismos desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Ianni, Octavio. 1975. *La formación del Estado populista*. México: ERA.
- Jaguaribe, Hélio. 1958. *O nacionalismo na atualidade brasileira*. Rio de Janeiro: ISEB.

- \_\_\_\_\_. 1979. *ISEB. Um breve depoimento e uma reapreciação crítica*. Cadernos de Opinião, 14.
- Jauretche, Arturo. 1982 [1957]. *Los profetas del odio y la yapa (La colonización pedagógica)*. Buenos Aires: Peña Lillo.
- \_\_\_\_\_. 1983 [1962]. *FORJA y la década infame*. Buenos Aires: Peña Lillo.
- Lovatto, Angélica. 1997. “A utopia nacionalista de Hélio Jaguaribe—os tempos do ISEB”, *Lutas Sociais* (3): 59-88.
- Mainardes, Jéfferson. 2015. “Alvaro Vieira Pinto: uma análise de suas ideias pedagógicas”, *Laplage em Revista (Sorocaba)*, (03): 98-117.
- O'Donnell, Guillermo. 2000. “Teoría democrática y política comparada”. *Desarrollo Económico* (156): 519-570.
- Pécaut, Daniel. 1990. *Os intelectuais e a política no Brasil. Entre o povo e a nação*. São Paulo: Atica.
- Ramos, Jorge Abelardo. 1961 [1954]. *Crisis y resurrección de la literatura argentina*. Buenos Aires: Coyoacán.
- \_\_\_\_\_. 1973 [1957]. *La era del bonapartismo*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- \_\_\_\_\_. 1974 [1957]. *Las masas y las lanzas (1810-1862)*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Ribadero, Martín. 2014/2015. “La correspondencia latinoamericana de Jorge Abelardo Ramos (1950-1960)”, *Políticas de la Memoria* (15): 87–95.
- Romero, Juan Manuel. 2015. “Arturo Jauretche y el revisionismo histórico. Notas sobre una relación”. En Gustavo Marangoni, comp. *Pensar a Jauretche*. Buenos Aires: UNIPE. 147-173.
- Roux, Jorge. 1990. *Álvaro Vieira Pinto: Nacionalismo e Terceiro Mundo*. São Paulo: Cortez.
- Sigal, Silvia. 1991. *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Puntosur.
- Skocpol, Theda. 1986. “Bringing the State Back In: Strategies of Analysis in Current Research”. In Peter Evans *et al.* *Bringing the State Back In*. Cambridge: Cambridge University Press. 3-37.
- Sodré, Nelson W. 1978. *A verdade sobre o ISEB*. Rio de Janeiro: Avenir.
- Terán, Oscar. 1991. *Nuestros años sesenta*. Buenos Aires: Puntosur.
- Toledo, Caio Navarro de. 1978. *ISEB: fábrica de ideologías*. São Paulo: Atica.
- Vianna, Luiz Werneck. 1997. *A revolução passiva*. Rio de Janeiro: Revan.
- Vieira Pinto, Álvaro. 1960. *Ideologia e desenvolvimento nacional*. Rio de Janeiro: ISEB.
- Weffort, Francisco C. 1995. “Los sindicatos en la política. Brasil, 1955-1964”. En Carlos Vilas, comp. *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. 396-418.